

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Abril de 1912

ERNESTO LEON GOMEZ

(PÁGINAS ÍNTIMAS)

Quiero que mis hijos aprendan á venerar y á respetar la querida memoria del que llevó este nombre : quiero que sepan á quién debió su padre, en gran parte, lo poco de bueno que en el mundo tuvo : quiero que conozcan bien lo que es un buen hermano, como lo fue ERNESTO, para que lo imiten lo más posible.

El recuerdo de mis primeros años lo llena el nombre de ERNESTO. Era mi hermano mayor, y así por eso como por su carácter dominante y nuestro mutuo cariño, ejerció una influencia profunda en mi vida toda.

ERNESTO era un joven de regular cuerpo, delgado, pálido, de ancha y despejada frente, cabello recio levantado, nariz aguileña, boca muy pequeña y bonita, mirada franca y aspecto distinguido y aristocrático, aunque algo encogido y tímido. Su genio era fogoso é impaciente, su inteligencia clarísima y su corazón bondadoso y sensible en extremo. Pocas personas han reunido como él las condiciones del verdadero poeta : sentimiento profundo, nobleza de alma, ternura exquisita é imaginación viva y ardiente. También tenía los defectos de los poetas : mucho alejamiento de las realidades de la vida, muchas quimeras, mucho descuido, y aun el altivo desdén de cosas, costumbres y personas que es fuerza aceptar y hasta seguir cuando se vive en la tierra.

Pero como muy bien dijo Alejandro Vega, "ERNESTO no era de este mundo."

Mis primeros recuerdos de ERNESTO van á los más risueños días de mi niñez. ERNESTO era el jefe de todos sus hermanos y de otros niños, parientes ó vecinos, que le obedecíamos sin replicar y que cedíamos á todos sus caprichos. Unas veces disponía jugar á los soldados, y él, con el mejor gorro de papel con pluma de gallo y manchado de sangre, encabezaba las distintas maniobras; otras, decretaba una octava, hacíamos cuatro altares y salía la procesión á recorrer el patio, siendo ERNESTO el conductor de la custodia. Luégo nos citaba á todos para paseo el domingo próximo á Fucha, á Monserrate, á Guadalupe, á Usme, á Tunjuelo, á Bojacá, y hacíamos unas caminadas que hoy nos asombran, pues ir niños decentes á pie, á pueblos vecinos, en un día y volver al siguiente, es en verdad muy fuerte. En todos esos paseos, principalmente en los hechos al salto de Tequendama y á Tunjuelo, que fueron varios, corrimos á veces peligros serios que nuestra infantil inocencia no nos dejó comprender, pero que después de pasados vimos con terror. No había domingo que la partida de muchachos no saliera por lo menos á Chapinero, que entonces quedaba muy lejos y era muy solitario, pues no había ni ferrocarril, ni tranvía, ni iglesia, ni quintas, sino unas pocas casitas de paja al rededor de la ruinosa capilla; ó al Boquerón ó á San Cristóbal, ó á los cerros de La Peña, á los cuales habíamos bautizado con diferentes nombres alusivos á diversos incidentes de las muchas excursiones que á ellos hicimos y que nos los hicieron conocer palmo á palmo.

Salvo repetidos porrazos, peleas con los *chinos* y algunos ataques á piedra por parte de los *chircaleños* á quienes pisábamos el adobe ó de gentes á quienes les escalábamos las tapias para coger mortifios ó cerezas, nunca nos ocurrió nada que tuviéramos que lamentar. Sin embargo, una ocasión nos pasó un incidente que dio á mi madre un susto tal, que pudo haber tenido funestas consecuencias. Un do-

mingo de Ramos nos fuimos ERNESTO y yo con un primo nuestro, de mi edad, á bañarnos á San Cristóbal. Después del baño y de pasear mucho, dispuso ERNESTO el regreso por las colinas que quedan arriba del camino antiguo que pasa por el sitio llamado *Los Balkanes*. Viniendo por ahí, vimos una pequeña hoguera humeando en uno de esos cerritos, y al instante nos arrimámos á ella. ERNESTO cogió unas ramas secas y, diciendo que iba á vacunar una mata vecina, le prendió fuego. El primo y yo, hallando aquello muy divertido, llevámos el fuego á otras varias, y así continuámos vacunando hasta que el cerro ardía todo y la tarde caía, lo que nos hizo continuar la marcha. Pero no bien bajámos un poco, cuando notámos síntomas alarmantes: multitud de *chircaleños*, con aire furibundo y amenazante, se veían en el camino por donde debíamos pasar, que señalaban el cerro y luégo á nosotros. Al principio no comprendimos nada, pero cuando oímos voces furiosas que decían: "¡ Ahí vienen los incendiarios! Que los atajen, que llamen la policía, etc.," nos aterrámos: ya no había medio de huir, resistir era imposible, hablar á aquella turba violenta mucho menos. Al primo, que gemía ya, y á mí, no nos llegaba la camisa al cuerpo. ERNESTO dispuso que nos hiciéramos los ingleses y pasáramos derecho: no había más remedio. Pero apenas los tres temblorosos ingleses avanzámos unos pasos, cuando fuimos rodeados por la muchedumbre de mujeres, hombres y niños. Nos insultaban y querían pegarnos. El primito lloraba á moco tendido y, fue tal su miedo, que por salvarse sostuvo que ERNESTO era el que había quemado, con fósforos, lo que no era cierto. Después de un rato amarguísimo llegó la policía, y desde un *chirca* que quedaba un poco más allá del puente de San Juanito, en lugares entonces desiertos, la procesión de hombres, mujeres y niños, con los agentes de policía y nosotros en medio, emprendió afrentosa marcha para los portales ó galerías de la plaza de Bolívar, donde estaba la oficina de policía. Al pasar el tropel por la carrera 6ª, frente á la casa

de mis tías las señoras Acevedos, hijas del prócer Acevedo Gómez, ellas salieron á la ventana y nos vieron. Júzguese de su susto y de su indignación, porque así como nos querían con maternal cariño, eran celosísimas del buen nombre de la familia. Una de ellas voló á casa y entró gritando á donde estaba mi madre: “¡Rosa! ¡Rosa! Ya ves, por dejar á esos muchachos ir solos al río!” Mi madre se iba muriendo, porque creyó que alguno se había ahogado, y así fue que cuando supo que nos llevaban para la cárcel, exclamó: “¡Bendito sea Dios!” Un momento después de haber llegado á la inspección y de haber sido objeto de la curiosidad pública, llegaron el coronel Anselmo Pineda y el general Jacinto N. Ruiz, amigos de la familia, y nos sacaron, no sin echar una tremenda reprimenda al agente y á los *chircaleños* por haber llevado así á niños decentes, incapaces de cometer delito alguno. También les dijeron que podían hacer la reclamación ó poner la queja que quisieran por el daño; pero jamás reclamaron ni hicieron nada, y esa aventura terminó con el sermón que se nos propinó en la casa en medio de llantos y amenazas, ó de truenos y relámpagos, como dijo ERNESTO.

Cuando éste estaba en el colegio del bondadoso y digno caballero don Ricardo Carrasquilla, de quien decía :..... “Y me basta decir ante su tumba que lo poco que soy á él se lo debo,” estudiaba mucho, y aunque yo era un niño que no sabía leer todavía, le acompañaba en sus largos ratos de estudio. A veces nos íbamos á un rincón del solar, donde nos sentábamos, él á estudiar y yo á acompañarle sin hacer nada. Otros días madrugábamos muchísimo, salía al corredor, y allí, con vela, estudiaba. Una ocasión nos levantamos sumamente temprano, y en el rincón del corredor tendimos una especie de cama, donde yo me recosté, y él, sentado, se puso á estudiar. Por un rato estuve oyendo el sonsonete del estudio, hasta que al fin me dormí profundamente, y no volví á saber qué pasó, hasta que sobresaltado desperté como á las nueve, en medio de las carcajadas de

las demás personas de la casa, que nos habían encontrado dormidos á ambos, cuando ya la vela agonizaba, después de varias horas de haber sido encendida.

Tenía ERNESTO muy notable inteligencia, mucho amor al estudio y muy levantado carácter, por lo cual se distinguió como estudiante. Cuando yo entré al colegio, ya él iba muy adelantado, me repasaba mis lecciones y me daba ejemplo, sacándose muchos y buenos premios.

Los sentimientos de caridad que yo tenga, y acaso los que tienen mis hermanos menores, son debidos en gran parte al ejemplo de ERNESTO. Cuando éramos niños nos hacía guardar todas las noches un pedazo de pan de la merienda, y él iba acumulando todos esos pedazos (que solíamos cambiar por bizcochos ó panes enteros), en un carriel de lana que tenía; y luégo el domingo, salíamos por los alrededores de la ciudad á repartir aquella limosna entre los muchachitos pobres, que la devoraban con ansia. Jamás olvidaré la expresión de gratitud de muchas madres al ver el enjambre de niños socorriendo á sus pobres hijos! Aquellas bendiciones que en mi infancia oí y que despertaron tantos sentimientos buenos, cayeron indudablemente sobre la cabeza de ERNESTO, y fueron, además, fecundas semillas en los corazones de muchos niños, que han tenido que dar frutos de eterna gloria al que tan generosamente las sembró. También él nos acostumbró á algunas prácticas piadosas, que aunque descuidadas luégo, fueron fuente de muchos consuelos y de dulces alegrías las veces que en el curso de la vida volvimos, recordando aquellos tiempos felices, á observarlas.

Natural era que, siendo ERNESTO tan caritativo, figurara, apenas fue hombre, como entusiasta y activo miembro de la Sociedad de San Vicente de Paúl, á la cual se esforzó en hacerme entrar. Yo no quería, porque tenía por esa asociación ciertas preocupaciones injustas, y porque creía que ella fuera hostil á mis ideas políticas, que eran y fueron siempre diametralmente opuestas á las de ERNESTO, en lo

cual fue en lo único en que no anduvimos de acuerdo, mas sin que ello fuese parte á indisponernos jamás. Tanto dio y cavó, como dicen, que al fin me hizo entrar á aquella sociedad; y no me arrepiento, porque tuve ocasión de conocerla á fondo y de apreciarla bien. Entre infinidad de asociaciones científicas, filantrópicas, literarias, políticas, etc., que he conocido ó de que he sido miembro, ninguna, fuerza es decirlo, ha servido como aquélla. Casi en todas se pierde miserablemente el tiempo, haciendo reglamentos y discursos, discutiendo proposiciones utópicas ó ridículas, intrigando por candidaturas, etc. No así en la de San Vicente de Paúl, que trabaja incesantemente, sin peroratas, por diversos modos, y produciendo admirables frutos; y esto es porque allí nadie va con pretensión torcida, sino á servir, en la medida de sus facultades ó de su voluntad, á los pobres, sin esperar distinción, sueldo ó recompensa de ninguna especie en este mundo.

La afición á los trabajos literarios, que desde niños tuvimos ERNESTO y yo, contribuyó en gran manera á afianzar nuestra fraternal unión. Una vez fundámos un periódico manuscrito, que salía semanalmente, y que duró dos años, como lo atestiguan los dos tomos que conservo, que es cosa inaudita en periódicos de esa clase. Allí insertábamos nuestros primeros versos y artículos en prosa, que hacían reír á cuantos los leían, sin duda, al ver el cúmulo de disparates que escribíamos, y no por lo chistoso del lenguaje, como entonces creíamos. Cuando ahora, después de tantos años, me pongo á leer *La Recreación*, que así se llamaba el periódico, encontrados sentimientos agitan mi alma, y hacen que al paso que me ruborizo de tanta barbaridad como escribí, me ría de las extrañas cosas que entonces se nos ocurrían, me alegre volviendo á ser niño, y acabe por sentir los ojos nublados de lágrimas al ver cómo se desvanecieron tantas ilusiones, cómo se truncaron tantas esperanzas!

Otra ocasión hicimos ERNESTO y yo un libro de nuestros composiciones poéticas, alternando una de él con otra

mía, para regalarlo, como valiosa cuelga, según creíamos, á nuestra madre. Estaba escrito con mi mejor letra de colegial (que no era tan mala como la que hoy ni yo mismo entiendo), y los motes de cada poesía en la mejor letra labrada de ERNESTO, que los hacía muy bonitos. Inmenso fue el cariño y el agradecimiento con que nuestra madre recibió el obsequio, y por varios días los versos fueron inacabable tema de elogios de parte de ella y de las personas allegadas, que afortunadamente eran poco entendidas en achaques literarios. Nosotros estábamos huecos; pero á la vuelta de algún tiempo fuimos comprendiendo que nuestros versos eran un sartal de disparates y ridiculeces, que ni en razón de la edad podían perdonársenos, y estuvimos pensando en robar el libro para quemarlo; pero como él en sí representaba una cuelga dada y recibida con infinito cariño é incuestionable buena voluntad, nos pareció imposible hacer eso, y resolvimos, con mejor acuerdo, ilustrarlo nosotros mismos, esto es: llenarlo de pinturas y notas para ridiculizar y criticar nuestras propias tonterías. A poco el libro, ilustrado ya, sin perder el carácter de filial regalo, se convirtió en objeto de diversión y de interminables carcajadas para cuantos lo veían. Como la palabra corazón aparecía infinidad de veces en nuestras quejumbrosas composiciones de noveles poetas llorones, resolvimos pintar al frente del renglón que la llevara un corazón colorado con su correspondiente flecha, y sumados al fin resultaron miles. Cada vez que veo el álbum, siento como que renace mi nativo carácter alegre, burlón y picante, que los pleitos, los sinsabores diarios y la incesante lucha, han vuelto tan serio y tan grave.

No obstante haber palpado nosotros mismos que no escribíamos sino sandeces, jamás pudimos curarnos del resabio literario. Seguimos haciendo versos y versos, y después yo hice otro periódico manuscrito, del cual ERNESTO fue colaborador principal, llamado *La Verdad*, y tan cáustico y mordaz, que acabó en molestias con varios amigos.

Más tarde resolvimos presentarnos ante el público, y unidos siempre, á pesar de nuestra diferencia en ideas políticas, publicámos primero un periódico que se llamó *El Bogotano*, y luégo una colección de poesías. *El Bogotano*, por la genial benevolencia de mis paisanos, obtuvo muy buena acogida; las poesías, por fortuna nuestra, pasaron inadvertidas, porque por lo menos las más merecían ilustraciones críticas como las del famoso álbum.

El amigo José María Rivas Groot, que fue quien nos animó á publicar las poesías, nos ofreció engalanar el libro con un prólogo. Alucinados con la esperanza de ver honrada nuestra colección de versos con algún famoso escrito del ya notable literato, no vacilámos en emprender la obra; mas como pasasen meses y meses y no se le viese fin, por razón del anhelado prólogo, mandámos preguntar qué había de eso, y Rivas contestó que él no era improvisador, y que así como podía hacer aquello en un año, podía también necesitar cinco ó diez al efecto, y que fuésemos por el libro. Yo, que lo que menos he tenido en la vida ha sido paciencia, mandé en el acto por él; y como estaba aún en pliegos sin doblar, sólo ofrecieron al recomendado un enorme montón de papel que llegaba casi al techo. Hubo que contratar aparte la encuadernación, lo que agravó el gasto, y al fin salió el libro sin introducción, sin explicación de ningún género, sin decir agua va, sin saludar al público. Además, como nosotros ignorábamos entonces que el que vive en el mundo tiene que plegarse, por su propio interés, á ciertas exigencias y debe hacer ciertas laudatorias, por más enemigo que de la adulación sea, no enviámos, como es uso y costumbre, un ejemplar del libro á algunos periódicos y á los literatos notables, ni se lo dedicámos á nadie, sino apenas lo regalámos á varios amigos de confianza ó de entre casa. Por todo eso, sin duda, fue por lo que un distinguido escritor, á cuyas manos no sé cómo llegó la obra, dijo irritado: "Este libro viene como una coza á la faz del público. Esos mozos, aunque inteli-

gentes (gracias), viven en otro mundo y son ó muy cerriles, ó muy orgullosos." De ahí que, cuando un poco más tarde, los señores Betancourt, de Curazao, publicaron un concepto con que nos honraron en alto grado, favoreciendo nuestras poesías, yo lo hice reimprimir en hojita (después de muerto ERNESTO) y lo agregué, á manera de prefacio, á los ejemplares del libro.

Grato es el recuerdo de las sesiones literarias, promovidas casi siempre por ERNESTO, y celebradas en casa ó en otras partes. A las más antiguas concurrían Luis Vergara Ricaurte, brillante talento, su inmejorable hermano Lisandro, Pacho Ortiz, hijo de don José Joaquín, joven de gran talento perdido; José María Garavito, á quien más tarde el peso de la vida inclinó é hizo callar; González Camargó, el gran poeta-médico, que murió cuando apenas había dejado algunos destellos de su singular talento, y Emilio Antonio Escobar, el escéptico y romántico autor de aquel bellissimo drama titulado *Justicia ó Fatalidad*, cuyo estreno le dio la gloria y la muerte, porque al ver, después de aquella representación, la estúpida indiferencia de muchos y la envidiosa enemistad de los sabios, sintió que su enfermedad del corazón se agravaba, y á los pocos días murió, dejando inéditos primorosos trabajos. En otras veladas posteriores más alegres, figuraron Rivas Groot, el sesudo y atildado escritor; Carlos Arturo Torres, el ilustrado académico y diplomático, cuya muerte debía yo presenciar años más tarde en Caracas; Alejandro Vega, el más simpático y amable de los concurrentes; Ismael Enrique Arciniegas, el poeta aristocrático y famoso periodista; N. Paz, el repentista, el instantáneo improvisador de hermosas décimas, á quien Arciniegas puso el nombre de *El Monstruo*, para hacer burla de ese dón de que los demás carecían casi por completo; ERNESTO, el de los versos melancólicos y tiernos; otros varios, inteligentes todos, y yo, que entonces, con un genio muy distinto del con que hoy arrastro la carga de la vida, hacía burla de todo y salía con algún epigrama

improvisado ó con algunas coplas jocosas, cuando se nos proponía á todos un tema para ver quién lo desarrollaba en verso, mejor y más aprisa.

Al fin pasaron los felices tiempos de las veladas literarias, de los ensayos periodísticos, de la perpetración de comedias y dramas que yo hacía y ERNESTO corregía, de los sueños de gloria conquistada con estrofas más ó menos lloronas! Pasaron tan pronto como habían pasado los aún más alegres de los paseos á pie, de los baños al amanecer en Fucha, El Aserrío ó El Boquerón; de las funciones de trapezio, cable y cuerda en el *Circo de León*, formado bajo los cerezos en el solar de casa; de los juegos de niños, siempre bulliciosos, llenos de porrazos y aventuras graciosas ó de picarescas travesuras, pero siempre inocentes, siempre dignos. Aún me admira que esa multitud de muchachos que anduvieron solos por todos los caminos á varias leguas de Bogotá, que escalaron todos los cerros, se metieron en todos los ríos y arrimaron á todas las posadas, no sufrieran jamás un contratiempo grave y conservaran la inocencia hasta una edad en que hoy sería imposible. Sin duda la piedad sincera y la bondad ejemplar del que hacía cabeza, que era ERNESTO, nos salvaron á todos.

Decía que al fin pasaron los mejores años de la vida; y ya grandes ERNESTO y yo, y siendo ambos el único apoyo de nuestra numerosa familia, empezámos á trabajar para sostenerla. Pero el incesante trabajo, la lucha tenaz con la existencia, produjeron efectos distintos en ERNESTO y en mí. A mí me produjeron una especie de desdén amargo por la vida y me mataron casi el numen poético; á él le quitaron la nativa aspereza de carácter para hacérselo en extremo chancero en el querido hogar de la familia, pero exprimieron una profunda y mortal melancolía en sus versos; á mí me hicieron abogado, y á él lo fueron haciendo más y más poeta, si puedo expresarme así; es decir, le fueron idealizando, alejando el mundo de tal manera, que si hubiera vivido más, habría acabado como,.... como acaban los

poetas verdaderos. En resumen, la lucha sacó de sus dotes intelectuales dulces poesías, y de las mías, árida prosa forense. Era pues natural que se elevara el poeta al cielo de sus sueños, y quedara con la frente inclinada arrastrando la carga el que tenía ya encallecida la espalda para llevarla.

Del hondo sentimiento de sus versos, dan idea las dos composiciones que siguen. La una la recitó conmovido el día de mi matrimonio, de que con mi primo Ruperto Ferreira fue padrino, y la otra, que ha sido traducida al inglés, es de las canciones más populares en Colombia. Hélas aquí:

EN EL MATRIMONIO DE MI HERMANO ADOLFO

CON LA SEÑORITA DORILA AMADOR

Yo no sé si haga mal en deciros
Lo que hoy siente el alma,
Cuando ve destacarse á lo lejos,
Entre rayos de amor y esperanza,
Como un blando sueño
Que nunca se acaba,
Un hogar donde reinan la dicha,
La virtud y la fe y la constancia.
Yo no sé; pero noto que hay algo
Que no acierto á expresar con palabras:
Sentimiento que es una sonrisa
Demasiado amarga,
Bienvenida y adiós que se buscan
Y que dudan, y luego se abrazan:
Bienvenida feliz, porque hoy llega
A adornar nuestra dulce morada,
Una nueva hija,
Una nueva hermana,
A quien todos, pues bien lo merece,
Tributan honores, rinden alabanzas;
Despedida triste,
Pues lleva en sus alas

Memorias queridas,
 Pertumes de infancia
 Y el cariño entrañable de hermanos
 Que siempre se aumenta, que nunca se acaba.
 Hoy se aleja del puerto una nave
 Y en la estela que traza en las aguas
 Murmuran recuerdos,
 Se hunden miradas,
 Miradas que llevan muchos corazones
 Que acaso ya nunca vuelvan á la playa !
 En la mar de la vida esa nave
 Dichosa se aleja, no teme borrascas ;
 Pero es triste quedarse en la costa
 Con húmedos ojos siguiendo su marcha.
 Yo bendigo el viaje
 Con toda mi alma,
 Porque sé que merecen la dicha
 Los dos que se embarcan ;
 Pero en esta hora tan triste y alegre,
 Reunión misteriosa de tarde y mañana,
 Cuando así nos deja
 Lo que tanto se ama,
 Yo no sé si haga mal en deciros
 Este adiós empapado de lágrimas !

TRISTEZA

Varias veces me han dicho que mis cantos
 Tienen el tinte de las hojas secas.
 Y algo como la huella de las lágrimas,
 Algo como la sombra de las penas.

Es porque los recibo uno por uno
 A orillas de las fuentes y en las selvas ;
 Es porque los aprendo en la mirada
 De almas que viven para siempre enfermas.

Así la dije, y ella, conmovida,
 Volviendo á mí los ojos con tristeza :

—Si los aprendes en las almas tristes,
 ¿No hallarás en mis ojos algún tema ?

.....
 Desde aquella ocasión busco mis cantos,
 No ya en las fuentes ni en oscuras breñas ;
 Todos me los inspiran sus miradas,
 Y todas mis canciones son para ella.

Aunque el siguiente soneto es muy conocido, no puedo menos de reproducirlo, porque uno de los más eminentes publicistas de la República, ha considerado el terceto final como digno de las plumas de Góngora, Lope ó Argensola :

EL SUICIDA

La luz del genio en su apacible cielo
 Para él brillaba con claror divino,
 Y, cual poeta, al fin de su camino
 Debió la gloria coronar su anhelo.

Pero fue desgraciado, y un consuelo
 Demandó en vano al porvenir mezquino ;
 Cobarde ante el horror de su destino,
 Rasgó de su existencia el frágil velo ;

Y cuando libre el alma del suicida
 Dejó á la tierra la materia inerte,
 En las eternas puertas esculpida

Leyó temblando su futura suerte
*A quien por no sufrir deja la vida,
 Vida para sufrir le da la muerte.*

ERNESTO estuvo varios años empleado en la Biblioteca nacional, luego se fue con el distinguido ingeniero don Basilio Angueira al camino de Occidente de Boyacá, donde estuvo algún tiempo ; después fue nombrado inspector escolar de la provincia de Facatativá, puesto más á propósito para lucir su inteligencia, su ardiente entusiasmo por

la instrucción pública, su patriotismo y su infatigable actividad; y por último, desempeñaba el cargo de Director general ó Secretario de instrucción pública de Boyacá, cuando se le desarrolló rápidamente la enfermedad del corazón de que murió. El corto sueldo que en esos destinos ganaba, lo partía siempre cariñosamente con su familia, de la cual fue en muchas temporadas, cuando á mí no me pagaban el de Juez de Circuito, el único amparo. ¡Cuántas veces aquel mezquino sueldo del pobre poeta, convertido en ingeniero ó del visitador de escuelas, llegó como del cielo á la santa madre que sufría viendo á sus hijos consumir su juventud tan tristemente!

En su puesto de Director de instrucción pública del departamento de Boyacá, desplegó ERNESTO la más prodigiosa actividad, y se esforzó y esmeró cuanto es humanamente posible por la educación popular, por llenar su misión bien y por dejar satisfecho al Gobierno, como en efecto lo dejó, según me lo dijo con entusiasmo el Ministro de Instrucción pública doctor José Ignacio Trujillo y como lo prueban los multiplicados decretos de honores que, cuando ERNESTO murió, dictaron los más importantes funcionarios del ramo, el general Próspero Pinzón, gobernador de Boyacá, y otras altas autoridades.

El excesivo trabajo intelectual de tantos años, la separación de la familia, el helado clima de Tunja, la nostalgia de una alma soñadora de poeta encadenada por la necesidad á la prosaica vida de empleado, fueron minando poco á poco la calma de ERNESTO, y su pobre corazón enfermo empezó á desfallecer.

Sobre todo, unos grandes sinsabores que con motivo del destino tuvo en los últimos meses, despertaron la latente enfermedad que estalló mortal en pocos días. Fue el caso que el gobierno departamental, ó un alto funcionario de ese Gobierno, se empeñó, por compadrazgos electorarios, en obtener una beca en la escuela normal para una hija de un influyente gamonal. El dicho funcionario dio

orden de que se diese la beca á la niña; pero no contó con el huésped, como dicen; pues fue el caso que ERNESTO, como Director de instrucción pública, dio orden terminante en contrario, alegando, con razón, que aquella señorita había salido reprobada en ciertos exámenes; que no reunía, por consiguiente, los requisitos exigidos por los decretos y reglamentos respectivos, y que ya todas las becas se habían dado á niñas que habían llenado las condiciones necesarias. El empleado aquel se disgustó profundamente, y apoyándose en su elevado puesto y en su mayor autoridad, ordenó de un modo expreso á la directora de la escuela que recibiera á la niña, quitando la beca á cualquiera otra. ERNESTO insistió en mandar lo contrario: la cosa se iba agriando, y la directora ya obedecía al más fuerte, cuando ERNESTO zanjó la dificultad diciendo: "En la escuela normal no pueden recibir beca sino las señoritas que hayan satisfecho las exigencias reglamentarias. La señorita N. no las ha satisfecho, y además ya están provistas todas las becas, luego es de todo punto imposible darle una; pero como á la escuela pueden entrar, además, cuantas niñas quieran y puedan pagar la pensión respectiva, la mencionada señorita entrará allí pensionada, y su educación será costeadá con los fondos particulares del señor ERNESTO LEÓN GÓMEZ, inspector departamental de instrucción pública." Con esta resolución mandó á la directora el valor del primer período, y la niña entró á la escuela normal. Apenado entonces el gobernante por esa lección de energía y bondad, dijo que él pagaría la educación de la señorita, y mandó también el dinero; mas como ERNESTO no retirase el suyo ni cediese en que la niña entrara á la escuela en otra forma que no fuese pagando él, aquel personaje, cansado de la lucha, tuvo que retirar su dinero y su indebida exigencia, y el padre de la señorita cargó con ella para su casa.

Triunfó, pues, ERNESTO, exhibiendo una vez más la firmeza de su muy conocido carácter recto; pero su enfermedad del corazón se declaró definitivamente, porque esa dis-

cusión le hizo sufrir mucho, como lo demostró en las angustiosas cartas que entonces me escribió suplicándome le aconsejara, y que, además, hablara con el Ministro, á quien llovían telegramas, cartas y aun postas exigiéndole la remoción de ERNESTO y acusándole de enemigo del Gobierno, etc. Me cupo la satisfacción de animarle y de darle la buena noticia de que el Ministro aprobaba su conducta y le elogiaba calurosamente.

El 26 de Marzo de 1892, al regresar yo de una diligencia judicial practicada en Mosquera, recibí un telegrama de un caballero de Tunja, en que avisaba que ERNESTO se hallaba gravemente enfermo. Un momento después llegó otro parte, y luego otro y otro, cada vez más alarmantes. Decían que el mal era de peligro, gravísimo, incurable, etc., que era del corazón, que urgía llevar á ERNESTO á clima menos frío que el de Tunja y que convenía que fuera yo por él. Calcúlese la angustia de toda la familia, al recibir, como una bomba, la inesperada noticia en una lluvia de terribles telegramas. Jamás habíamos imaginado que ERNESTO estuviese enfermo, y menos del corazón. En el Diciembre anterior, cuando por última vez estuvo en el hogar, se manifestó, como siempre, chancero, aunque algo triste y preocupado, lo que se atribuyó á los disgustos que el destino le ocasionaba; pero poco caso hicimos de eso, como tampoco de que se fatigaba mucho al subir y de que estaba muy gordo, lo que fue motivo de plácemes, porque él había sido, como yo, muy delgado y flaco. Sólo él sabía entonces la terrible realidad; y con valor admirable la ocultó á todos. Sólo él, que á escondidas había consultado á varios médicos sobre las novedades que sentía, estaba bien enterado de que sus días estaban contados, de que *vivía de gorra*, como le dijo uno de los médicos, según supimos más tarde, cuando después de su muerte ellos contaron que lo habían desahuciado. Y, sin embargo, para no alarmar á nuestra madre, para ahorrarle penas, guardó para sí el espantoso secreto; y como jugando con la muerte que ya había hecho presa de él, se

chanceaba mirándose en el espejo y diciéndole á mi madre: "Venga la vieja y vea, sí que estoy buen mozo! Sí que estoy gordo!"

Cuán honda sería, pues, su silenciosa tristeza cuando, á los pocos días, al regresar á Tunja, se despidió de la familia para siempre. De esa amargura dan idea los siguientes versos en que presentía su muerte, y quiera Dios que no presintiese además que algún día los regidores del Concejo de Bogotá (excepto el poeta Diego Uribe, que salvó su voto) habían de negar á sus cenizas y á las de sus ilustres abuelos, el prócer doctor Diego Fernando Gómez y la escritora doña Josefa Acevedo de Gómez, un palmo de tierra en el cementerio construído por su tío Alfonso Acevedo Tejada. Hé aquí su

DESPEDIDA

Cuando llegue mi última hora,
Si estoy de mi madre lejos,
No vayáis, por Dios os pido,
A referirle que he muerto!
Dejadla que resignada
Aún espere mi regreso,
Que siga pensando en su hijo
Hasta que la rinda el sueño.
Dejadla: yo iré de noche,
Y entraré quedo, muy quedo,
Y de rodillas ante ella,
Contemplándola en silencio
Evocaré uno á uno
De su vida los recuerdos,
Tesoro santo del alma,
De virtud sublime ejemplo.
Después... besando su frente
Con febril, ardiente anhelo,
Su alma, que tanto ha sufrido,
Llevaré conmigo al cielo.

Mas si, lo que Dios no quiera,
 Se ausentare ella primero
 Sin darme el último abrazo
 De un adiós triste y supremo,
 Dadme al punto la noticia,
 La recibiré en silencio
 Sin dejaros ver que lloro,
 Que mi corazón ha muerto
 Y que mi alma de este mundo
 Volará lejos, muy lejos;
 Después... idos y dejadme
 Encerrado en mi aposento
 Evocar uno por uno
 Los manes de mis recuerdos,
 Y así preparar el alma
 A emprender el viaje eterno
 Que haré feliz esa noche
 Cuando llame al pobre huérfano
 Mi santa madre querida
 Cariñosa desde el cielo.

Apenas recibimos los mencionados telegramas, se resolvió que yo marchara inmediatamente para Tunja. Después se acordó que mi inmejorable y muy sentida hermana Herminia me acompañara; y, por último, el estimable y noble amigo Carlos García, que era empleado de mi juzgado, se ofreció á acompañarnos en el penoso viaje.

Como entonces no había ferrocarril ni servicio de carruajes, con gran trabajo conseguimos ese mismo día caballos para salir al siguiente, que fuimos á quedarnos á *La Cantero*. Al otro, apurando cuanto pudimos, llegamos de noche al Puente de Boyacá. Y al tercero, á las ocho de la mañana, estuvimos en Tunja. En ese viaje, hecho en malos caballos, y con la mayor rapidez posible, Herminia demostró un valor admirable, así para resistir las fatigas físicas como las morales, peores aún, producidas por la angustia, que agravaron algunos telegramas más afanosos que los primeros, recibidos en el camino,

Cuando el 29 llegamos á Tunja, corrimos al hotel donde se alojaba ERNESTO; pero no estaba allí: el estimabilísimo caballero don Domingo E. Leal, Director de la escuela normal, se lo había llevado á ella para cuidarlo mejor, pues en el hotel no comía nada, y hacía casi un mes que no podía dormir. Le encontramos levantado pero moribundo. Se nos hizo rarísimo que no se sorprendiera y alarmara por nuestra presencia imprevista allí, ni preguntara por nuestra madre, á quien adoraba, y por los demás hermanos á quienes tanto quería, ni averiguara otros asuntos que debían interesarle mucho. Apenas me dijo: "¿Se fijaron en *Sisga*? ¡Qué bello sitio!" Tres días después debía yo recordar, en hora inolvidable, esa extraña pregunta.

Estaba pálido pero no flaco, y una fatiga ó angustia horrible le torturaba. Inmediatamente consulté á los principales médicos de la ciudad; y ellos, de acuerdo, dijeron que la enfermedad era mortal, y que lo único que se podía hacer era sacarlo pronto de allí, con la esperanza de que la vuelta al seno de la familia, y la salida después á tierra caliente, si era posible, le repusiesen siquiera por algunos meses. Pregunté si no sería peligroso el viaje á Bogotá, y como me dijese que el peligro era tan inminente en su cama como en el viaje, decidí arreglar éste en el acto para el siguiente día temprano.

Como el caso era de suma gravedad, resolví hablar á ERNESTO del asunto espiritual. Me dijo al principio que dejáramos eso para después, porque el mal no le permitía pensar en nada. Yo insistí, diciéndole que como todos los profesores y alumnos de la escuela normal iban á ofrecer por su salud una misa al día siguiente, era natural que él, como interesado, los acompañara en ella, para que le fuera bien en el viaje. Convino entonces, porque toda su vida fue muy piadoso. Le llamé al venerable canónigo doctor Rudesindo Arenas, con quien estuvo encerrado largo rato y quedó contentísimo: el mal le dio una tregua, un descanso de algunas horas. ¡Oh dicha de los que creen en las verdades de la fe, y saben esperar en un Dios bueno!

Entre tanto, el local del colegio no se desocupaba: era una procesión de caballeros y señoras que iban á ver á ERNESTO y á ofrecernos sus servicios á Herminia y á mí. Sobre todo fue nobilísimo en extremo el manejo del señor Leal, del señor doctor Basilio Angueyra y su encantadora familia, del señor Miguel Rodríguez, de las señoritas María de Jesús Ortiz, Sara Crostwaite, etc.; y de los estudiantes de la escuela, que manifestaron grande interés y gran cuidado, y no entraban al local sino en puntas de pies y en el mayor silencio.

Aquella noche fue horrible, y es para mí inolvidable. Como á las once y media se retiraron todas las visitas, la familia Angueyra se llevó á Herminia, el señor Leal á Carlos García, y yo quedé solo con ERNESTO en la espaciosa pieza, porque los estudiantes se habían ido todos á sus lejanos dormitorios. Por descansar algo del fatigoso viaje y por no haber dormido las noches anteriores, me tendí en un colchón, cerca de la cama de ERNESTO; pero imposible no digo conciliar el sueño, pero ni estar un momento quieto, porque la fatiga de ERNESTO era horrible, espantosa, y había que estar variándole de postura incesantemente, dándole medicamentos, componiéndole las almohadas, etc. ¡Cómo conté una á una las largas horas de esa triste noche, oyendo la angustiosa respiración del enfermo y sus quejidos de agonía en medio de un silencio y una soledad aterradores! ¡Cómo sufrí! A eso de las tres de la mañana me llamó y me dijo: Léame algo, algo que me alivie y que me anime. Dudando yo de que pudiera oír tranquilo siquiera dos líneas, cogí la *Imitación de Cristo*, abrí en el libro 4.º y empecé á leer. ¡Oh prodigio de la fe y de la religión, ó más bien, ¡oh bondad de Dios para los que en Él confían! El que durante las quince noches anteriores no había tenido ni un solo instante de alivio ni de reposo, se calmó como por encanto; una dulce tranquilidad se apoderó de él, y sin dormirse, á pesar de que hacía tanto tiempo que no lo lograba, escuchaba con atención profun-

da las hermosas palabras del santo libro. Yo leía, leía en medio de un imponente silencio. Mi voz resonaba con ecos extraños, que yo mismo creía no haber oído nunca, en medio del misterioso silencio de la noche. Me parecía como que el pobre enfermo, casi agonizante, y yo, estábamos solos, no digo en la espaciosa sala, sino en el mundo desierto, y que una voz que no era la mía nos enviaba desde más allá de la tumba una lluvia de dulces y hermosas palabras de esperanza y de consuelo. El hecho es que las últimas horas de aquella horrible noche pasaron suavemente, y cuando, por entrar ya la luz clara del día en la pieza, volví á mirar á ERNESTO, creyendo hallarle dormido por fin al compás de la lectura, le vi con los ojos muy abiertos, clavados en el cielo, en actitud de profunda tranquilidad y de dulce bienestar, después de la espantosa é incesante fatiga de tantos días.

Se levantó para ir al templo. Empezaron á llegar gentes. La escuela normal de varones, en correcta formación, seguida del director señor Leal, marchó primero hacia la iglesia. Detras íbamos ERNESTO, Herminia y yo. ERNESTO era un moribundo, un agonizante, á quien sólo la inaudita fuerza de voluntad sostenía en pie. En las dos cuadras que había de la casa á la iglesia tuvimos que detenernos varias veces contra las puertas para que tomara aliento. Los que pasaban se detenían á mirarle, y él, con valor sobrehumano, seguía adelante.

Oyó al fin su última misa con devoción profunda; y cuando sonó la campanilla anunciando la repartición del pan de eterna vida, se levantó y avanzó con paso firme. Los estudiantes y el director de la escuela normal se acercaron primero á la sagrada mesa, para dar valiosa prueba de interés y afecto al superior y amigo que los dejaba para siempre. Luégo, último de todos, se acercó él. Hubo algo de majestuoso, de imponente y de supremamente triste en aquel acto. Ese viático recibido pocos momentos antes de emprender el penoso viaje á Bogotá, que para él debía ser

además el viaje eterno, no tuvo el complemento que ya era necesario: le faltó la extremaunción.

Nosotros apenas podíamos contener las lágrimas. Cuando él bajó, vimos que había llorado. Era que, como me dijo después, había hecho el sacrificio de su vida; y sin duda comprendía y sabía que le había sido aceptado.

Poco rato después salimos de Tunja: él con Herminia y los señores Leal y Rodríguez, que nos iban á sacar, en coche. Carlos García y yo á caballo. Al pasar por cierta calle, ERNESTO sacó la cabeza, y con una melancólica sonrisa dirigió un saludo á un entreabierto balcón donde se asomaba una hermosa señorita que se enjugaba los ojos con el pañuelo:—era la novia, la última ilusión del joven que moría, el último sueño de su alma de poeta.

Talvez ella sería quien le inspiró los siguientes versos que, con otros pocos inéditos, encontré entre sus papeles y publiqué después de su muerte:

DELIRANDO

Oh! si supieras tú cómo agonizo
En mis eternos, solitarios días,
A mi morada, silenciosa, triste,
Alguna que otra vez, te acercarías.

Si comprendieras el placer que siento
Al ver á quien consagro mi ternura,
Me darías la luz de una mirada
Para alumbrar mi vida tan oscura.

Y si apreciar pudieras cuánta gloria
Diera tu afecto al porvenir que labras,
Al pasar por mi puerta me dirías
De esperanza y amor dulces palabras.

Ay! si vinieras tú... ¡pero vén pronto!...
Faltan al corazón vida y aliento...
Soy del país de los que viven poco,
Porque los mata el sol del pensamiento,

En la mañana del primer día de viaje todo fue muy bien: ERNESTO iba alegre y repuesto, quizá por el aire del campo y las esperanzas de volver á su hogar. A pesar de su estado, fue chanceándose con Herminia. Pero por la tarde, cuando llegamos á Hatoviejo para posar allí, la agravación había vuelto, y abrigamos serios temores. Pasamos otra noche espantosa.

A la mañana siguiente, los señores Leal y Rodríguez debían regresar á Tunja; pero viendo á ERNESTO tan malo, y á nosotros tan angustiados, resolvieron bondadosamente seguir en nuestra compañía hasta Chocontá. Por la tarde, al llegar á esta población (después de una jornada penosísima que ERNESTO hizo en coche hasta donde lo permitía el camino, y de ahí para acá á caballo con valor increíble), hice que Carlos García se adelantara, con el objeto de convocar á los médicos que allí encontrara, á una junta esa noche. Apenas llegamos al hotel, ERNESTO cayó moribundo en la cama que le habían preparado, y á otro rato llegaron los tres médicos que había. Uno de ellos era el estimabilísimo señor doctor Abel García, cuyo manejo en aquella ocasión le granjeó la eterna gratitud de mi familia. Opinaron exactamente como los de Tunja: que el mal era gravísimo, que lo que más convenía era que el enfermo llegase al seno de su hogar y luego fuese á tierra caliente. También opinaron que perfectamente llegaría á Bogotá, y que podíamos continuar el viaje al otro día. Esa noche fue la tercera de desvelo absoluto, porque ERNESTO no podía conciliar el sueño ni un instante por la fatiga horrible que le abrumaba y que tampoco permitía dormir á los que queríamos y debíamos cuidarle y atenderlo lo más posible y no dejarlo solo con su atroz insomnio.

Como á la mañana siguiente le vimos mejor, y como además el doctor Abel García había convenido en acompañarnos hasta el Puente del Común por si se necesitaba, los señores Leal y Rodríguez, que tanto nos habían servido, resolvieron regresar. No nos atrevimos á exigirles más sa-

crificios y les dejámos partir, pero con gran pena y profundísima gratitud. Como á las ocho salimos de Chocontá á caballo, ERNESTO, el doctor García, Carlos García, Herminia, José María Sánchez, que había ido á encontrarnos, un magnífico y noble muchacho llamado Ambresio Gómez que iba de peón de estribo de ERNESTO, y yo. Andábamos paso entre paso y con todo el cuidado posible, y, sin embargo, de trecho en trecho nos deteníamos donde había una casita para que el enfermo descansara ó durmiera. Decía que tenía un sueño horrible, insoportable: el sueño de más de quince continuas trasnochadas de noche entera. Bajaba con mil trabajos del caballo y se acostaba; pero no podía dormir: la fatiga no se lo permitía ni un solo segundo.

A las cinco y media de la tarde llegámos á *Sisga*. Todo el día se había gastado en recorrer tan corto trayecto. ERNESTO pidió brandy, y el doctor García dijo que podían dárselo; se le dio una copita, y á otro rato parecía como si estuviera ebrio completamente, como si se hubiera tomado la botella entera: los ojos medio cerrados, la lengua trabada, las palabras enredadas. Cualquiera que lo hubiera visto, con su aspecto cadavérico y con aquellas señales, y cayéndose, habría jurado que llevábamos un ebrio entre nosotros.

Al fin ya no pudo más. Le desmontámos. En una casucha que quedaba más allá del río, donde, junto á una chichería asquerosa, había una piecita peor aún, sin esteras ni muebles, cayó moribundo. Ni siquiera nos prestaron un junco ni una almohada para que se recostase. En un poyo de adobe, sobre mi encauchado y mis zamarros, vimos que agonizaba. Pregunté al doctor García con los ojos, y él contestó: "Esta noche." Al oír esas palabras, esa fría sentencia de muerte para dentro de algunas horas, para esa noche misma, no sé qué sentí..., sólo recuerdo que salí corriendo enloquecido.

Cuando José María Sánchez me hizo volver de un barranco donde me encontró llorando, pensé en que era imposible dejar morir á ERNESTO en aquella inmunda pieza

sin auxilio alguno, pues ni agua habían ofrecido las gentes de la inhospitalaria tienda. Corrí con Carlos á la hacienda contigua, y allí rogámos que nos dieran posada, que nos prestaran una cama, que nos abrieran un cuarto donde ERNESTO pudiese descansar un rato. Pero fue como hablar á las rocas: el mayordomo dijo que allí no era posada y nos dio con las puertas en la cara.

Viendo tal villanía, que contrastaba con la nobilísima conducta de las gentes de Tunja y Chocontá y de las que habíamos encontrado en todo el camino, sentí una llamada de ira que me envolvía, y cogí mi revólver.... No sé cómo me contuve.... no sé cómo no hubo esa noche dos desgracias en vez de una.

Nos volvimos á la venta; pero á otro rato el bondadoso doctor García, que había salido, volvió á decirnos que había logrado que abrieran una pieza de la casa y que podíamos llevar al enfermo. Quién sabe cómo rogó ó cuánto pagó para conseguir aquello. Dios se lo pague á él.

Entre Carlos, José María Sánchez, el muchacho Ambrosio que tanto nos sirvió, y yo, alzámos al agonizante y le llevámos á la casa. El cuarto que nos abrieron tenía una mesa, creo que un canapé y una cama grande, vieja, sin tendido alguno. Allí acostámos al enfermo sobre un colchón que conseguimos, y lo arropámos con las ruanas y los encauchados. Después el doctor García le hizo varias aplicaciones que lo reanimaron algo. Sin embargo, todo indicaba que el fin se aproximaba rápidamente, á pesar de los remedios que sin vagar le hacíamos.

Herminia sollozaba en un rincón de una manera tan triste que partía el alma, y por no oír ese gemido, cuyo eco inolvidable ha resonado muchas veces después en los grandes infortunios de mi vida, me salí al corredor que daba al camino. Tendí la vista por el campo silencioso y solitario que la luna llena alumbraba con tristeza indefinible, y en el acto me vino el recuerdo de aquella extraña pregunta de ERNESTO cuando llegámos á Tunja: ¿Se fijaron en Sisga?

Era aquella una noche espléndida: de esas que convidan á las almas tristes al descanso eterno; de esas que sin duda hablan inspirado al poeta moribundo sus más dulces y melancólicos cantares; de esas como en la que, dieciséis años más tarde, volaba al cielo, entre los rayos de la luna y en medio de un dolor mucho más grande, el alma de la compañera de mi vida, llevándose mis últimos ensueños, mis últimas venturas.

A media noche se retiraron el doctor García y Sánchez á otra pieza, y quedamos solos Carlos, Herminia y yo con ERNESTO. A las dos de la mañana, al darle yo la cucharada que debía tomar, me señaló la vela y me dijo: "Quiero dormir, apague por esta última hora." No sé que querría decir; talvez se figuró que ya casi amanecía; pero es lo cierto que aquella fue su hora última y aquellas sus últimas palabras. Apagué para dejarle dormir, y todos nos quedamos en silencio. Yo, con una tristeza profunda, pensaba en la horrible desgracia que ya llegaba, en la separación del único amigo íntimo que en mi vida tuve, en la situación de la familia, en aquella muerte oscura y triste, después de tantos sueños y tantas ilusiones de un porvenir que, como muy brillante, le habían vaticinado siempre. De repente sentimos un ronquido raro; encendí la vela, y presurosos rodeamos el lecho: ERNESTO estaba expirando. Carlos corrió á llamar á los demás. El doctor García entró, é inclinándose sobre el moribundo, le pulsó y le examinó, mientras nosotros, de rodillas y llorando, rezábamos las oraciones de los agonizantes. Al fin el doctor, reclinándole bien la cabeza que estaba medio caída, dijo: Todo ha concluido, está muerto!

Eran las tres de la mañana del 1.º de Abril de 1892.

ADOLFO LEON GOMEZ